

LA PERSONALIDAD HUMANA DE PICASSO

Juan Antonio Gaya Nuño

La verdad es que nuestro siglo va ya muy de vencida, y que sus mejores valías se van extinguiendo como para aprestarse a dejar paso a otro, el XXI, del que los espíritus más frivolizados aguardan una desmedida cantidad de maravillas. No por tratarse de un futuro, y como tal, presumiblemente más beneficioso para la salud del mundo que los días actuales, sino por la necia singularidad de encabezarse con una cifra muy redonda, la del año 2000. De suerte que hemos retornado al siglo X, pero soliviantados ahora, no cual entonces por los miedos de una posible extinción del planeta, sino por la igualmente supersticiosa idea de alcanzar superaciones inauditas en todos los órdenes. No aprovecharé la ocasión de aguar ilusiones tan vulgares como catetas. Lo único que barrunto es que, sea cual fuere la facies de la nueva humanidad, no contará con un hombre llamado Picasso. Las velocidades serán más vertiginosas, puede ser que una nave espacial toque en Marte, mientras que no se habrá suprimido el hambre, y extensísimas zonas geográficas continuarán sin explotar. Se procederá a la invención de muchos artilugios innecesarios, inútiles y nocivos, y acaecerán otros mil prodigios, pero no existirá un hombre llamado Picasso. Ni llamado con otro nombre, pero equivalente a éste.

Porque estamos asistiendo al espectáculo de una reversión cultural que no cuenta con demasiados precedentes en la historia de la humanidad. De un fértil y lujoso período paleolítico nos acercamos con rapidez a un neolítico extremadamente más rico en técnicas, pero, con toda evidencia, más pobre en espíritu. Hemos sido coetáneos de Aldous Huxley y de Don Ramón María del Valle Inclán, de Henri Matisse y de Pablo Ruiz Picasso, mas, hasta la fecha, no hay indicio de sus sucesores. En la plástica, la dedicación más ilustre en nuestros días es la arquitectura, precisamente por ser la que exige mayor tecnicismo, mientras que la letra y el color, no necesitados de tanto, se están viniendo abajo. La única esperanza, por lo que se refiere a las artes sería la ya negada, la improbable aparición de un nuevo Picasso. Pero ya no es tiempo de milagros, aunque milagro haya sido toda la vida y hazaña del malagueño, nacido en momentos muy críticos y endebles de la pintura española, ya que no de la mundial. Si hoy la debilidad de esa pintura mundial invita a los mayores

pesimismos, nos consta cuán difícil es la repetición del prodigio, esto es, del nacimiento de un nuevo Picasso. ¿Aparecerá dentro de ocho años, en 1981? No es de creer.

Lógicamente, no. Será muy problemático que el mundo vuelva a encontrarse con una criatura tan excepcional, tan adherida siempre a la hora en que vive y actúa, tan entregada a la tarea de convertir en historia cada momento en que se cifran y fechan, no sólo sus obras, sino también sus dichos, sus hechos, sus ocurrencias, la menuda anécdota de la existencia cotidiana, prontamente pasada a ser del dominio público. No hubiera acontecido así de tratarse exclusivamente de un gran creador de lo que fuere, excelso pintor, o poeta, superior ceramista o grabador. Si ha sido posible es por el hecho de que Picasso no puede ser analizado en frío a través de su obra, antes bien haciendo visible su personalidad en cada trazo de ella, en modo tal como para rubricar y presidir una fe de vida expedida sin cesar, constante y notarialmente. Y esta fe de humanidad es la que aquí se trata de perseguir. El empeño quizá sea más fácil que el de cronizar su evolución artística.

Ese empeño ha de principiar por la fortuna de apellidarse Picasso, bien que en segundo lugar, que no tardará en convertirse en primero. Se trata de un apellido rotundo, gráfico, que parece destinado a perpetuidades laureadas. No es que su portador lo haya convertido en mágico, no. Es que ya debía serlo por su propia sonoridad, la que lo mismo hubiera convenido a cualquier genio del cuatrocentismo toscano. Hoy nos es imposible concebir que así pueda llamarse un hombre vulgar y opaco. Pablo también debió comprenderlo cuando se obstinó en ser Picasso. Decidió ser fiel a esta fortuna inicial. Lo fue.

Sería también fiel a otras posibilidades elegidas y no impuestas, porque no hubo de ser inducido a la práctica de la pintura por sugerencias paternas y sí por convicciones y aficiones propias. Es curioso advertir como el despierto muchacho no pierde ocasión de adiestrarse y de aprender, menester en el que muestra una conciencia profesional casi incompatible con su edad, con las edades que contemplan este proceso. Por lo demás, él aprendía siempre, y, aún ingresado ya de lleno en los terrenos de la fama, no creía humillante pedir ayuda y consejos para armar una escultura, tratar una plancha litográfica o cocer una cerámica. Lo que no obstaba para que, en ocasiones, la improvisación superase a la lección recibida, y aquí lo trascendente del proceso. Pero si conocemos estos modos de hacer y de crear, ello se debe a confidencias y declaraciones ajenas, que no al propio Pablo. Este no gustó nunca de hablar de su arte, y si tal cual vez accedió a clarificar puntos inconcretos o controvertibles, no sería sino tras repetidas instancias de los picassistas. Y, por cierto que esclareció muy poco de lo que le pedían. Las declaraciones más traídas y llevadas, las de 1926 a la publicación *Ogoniok*, de Moscú, son sobre todo importantes por compendiar su hermetismo habitual mediante estas palabras: "Ustedes esperan de mí que defina qué es el Arte. Si yo lo supiera, me lo guardaría para mí".

Esta sencilla actitud, desasistida de cualquier presunción o intención dogmática, es la propia de todo gran artista. Una obra, una gran obra, no debe ser objeto de un respaldo programático y literario firmado por su autor, como no sea en detalles laterales. Mucho menos si esa obra llega a la categoría de lo genial. Picasso ha solido

limitarse a defender cuanto hacía y podía ser objeto de escándalo mediante intervenciones muy agudas y apodícticas, contra las que resultaba comprometido argüir. Y siempre, usando de una llaneza y de un sentido común admirables, los inseparables de su lista condición de hombre del pueblo, lo que no ha dejado de ser jamás. Un hombre del pueblo, temperamental, temerario, arrojado, un poco primario, totalmente desprovisto de segundas intenciones. Estos hombres del pueblo español, pese a todos los avatares, pese al ascenso a la gloria, y al contacto con las más refinadas *élites* no cambian nunca. Picasso podía haber sido igualmente jefe de guerrilleros en cualquiera de nuestras guerras, o -¿quien sabe? - bandido generoso de los de la mejor leyenda. Y uno de nuestros mayores débitos para con él consiste en que por la inmensa jerarquía a que llegara con su brujería perpetua nos dejara traslucir, deducida de la misma, una condición de español de la mayor nitidez posible, tan enraizada y perenne como más no se pudiera pensar. Elogio que pudiera quedar en mero y gratuito nacionalismo si no aludiera a virtudes perfectamente constatadas por todos, pero no por todos comprendidas. No es cuestión de proceder ahora a definir las, una por una; sí, acaso, de encarecer las principales, las que íntimamente revueltas con otros tantos defectos, puedan acertar mejor a configurar al más exacto Picasso.

Ante todo, importa mucho su categoría donjuanesca, que llega casi a ser la de un Barba Azul incruento, pero que no por el hecho de no derramar sangre femenina deja de hacer infortunadas a media docena de mujeres que se le han entregado rendidamente y sin excesivo acoso por parte de Pablo. Media docena, más o menos, que se sepa, y sin contar numerosas probabilidades de uniones que no merecieron crónica. Lo que las atrajera no era una presencia física irreprochable, porque durante mucho tiempo guardó Pablo aspectos de maleta, de mozo de estoques, de limpiabotas, como decía Gertrude Stein. La nada ventajosa estatura la suplía con el fulgor de sus pícaros ojos negros, con el mechón de pelo sobre la frente y es de creer que, muy sobre todo, con su desenfado. Lo sorprendente era que, llegadas edades más que maduras y desaparecido el mechón, todavía siguiera coleccionando damas. Era cuando su traza se iba pareciendo a la de algún viejo tratante en ganado de su tierra natal, a la de un aperador de cortijo, a la de un contratista de caballos de los tiempos en que los caballos de una corrida se morían en el ruedo. Y que nadie diga que abuso de los símiles taurinos, porque pocas alabanzas hubieran complacido tanto como ésta a quien recordaba no hace mucho a Rafael Alberti que de niño le había tenido sobre sus rodillas -gran honor- un espada de relativo prestigio, a quién no se perdió corrida de toros en España ni en el mediodía francés. Y como los buenos aficionados, que por cima de todo son y han de ser críticos, no tomó nunca un capote. Una capa, sí, para abrigarse, y las constancias gráficas con este atuendo nos hacen pensar de nuevo en muy diversas constancias nacionales, sea la de revistero taurino, sea la de cosechero de vino andaluz. Una curiosa vocación de disfrazarse de muchas cosas -vocación un poco infantil, y que consiguientemente llevó a vestir a su niño Paulo con todas las prendas imaginables- le llevaría a lucir muchos raros indumentos, el más conocido de todos el simplicísimo de la camiseta y los shorts, mas sin atreverse al traje de luces, sino en parte. En parte, porque él fue el inventor de un traje de etiqueta de superlativa elegancia, portando la chaquetilla de torero en lugar del smokin o del frac, claro está que con pantalón largo, negro. Y en la vestimenta social, éste es un hallazgo tan bueno como el de un óptimo cuadro. Realmente, casi todo, como en este caso, lo ha visto con ojos de pintor. Sin salirnos del terreno

taurino, su asombrosa imagen del torero "vestido de jardín" también equivale, como idea felicísima, a una obra suya. Y en todas estas menudencias hay que rastrear siempre un deseo de inocente mixtificación, de claras desviaciones de su oficio hacia vertientes poéticas nunca bien definidas, pero siempre de textura barroca.

Ese barroquismo omnipresente, pero todavía mal estudiado, pues muchos ingredientes de la obra picassiana permanecen hoy sin obtener relieve ni análisis adecuados, se patentiza en su obra lírica. Faceta genial que, normalmente ofuscada y pasada a lugar secundario por la plástica, merece toda reivindicación y la mayor estima. Es seguro que él no consideró sino puro entretenimiento sus desahogos verbales y verbosos de 1935, pero a nosotros nos debe estar prohibido el mismo enjuiciamiento, porque presentan un reservorio lexicográfico de garbo muy propio del tiempo dicho, y que sin dificultad podría ser relacionado con el de García Lorca. Pero no trato de extremar semejanzas, porque Picasso, tan ducho en otras técnicas, no contaba ni de lejos con la propia de la poética, y se limitaba a proporcionar unos materiales, eso sí, preciosos, aunque en informe rímero. Lo cual acaso sea consecuencia de una de las constantes de su desbaratado vivir privado. Un hombre que no fue capaz jamás de poner en orden sus pertenencias, y que iba conservando y amontonando, cual si de tesoros se tratara, cajas de cerillas vacías y envolturas de cigarrillos fumados haría muchísimo tiempo, no podía cuidarse de enfilear las palabras de su tan rico y lúcido repertorio en honor del, en principio extraño a su labor, oficio de poeta provisional. Provisional, ciertamente, pero bien efectivo. Fue un verdadero poeta andaluz. Y el rasgo de desorden al que se ha aludido certifica también la persistencia de su bohemia, incluso de su desprecio de la comodidad. Realmente, siempre echó de menos el vivir ascético del Bateau Lavoisier, y, propietario de castillos y palacios, éstos no presentaban talantes sino de sucursales de antros bohemios. No sé si había en este comportamiento algo así como un mudo y nostálgico homenaje al dorado chamizo en que se fraguó su renombre, al tugurio compartido con Fernande. En todo caso, siempre mantuvo Pablo un apasionado interés para con la miseria, para con la pobreza extremada. No tenía él la culpa de haber llegado a ser un hombre exageradamente rico. La riqueza le llegó como una de las adherencias, uno de los accesorios de la gloria, pero evidentemente no dio ni un paso tras ella.

Sí ha gustado de la popularidad y de la exhibición, sin duda sobrepasando el límite adecuado de estas contribuciones a la curiosidad pública, siempre voraz e indiscreta para con los famosos. Pero, inversamente, el hombre que recibía a todo el mundo y se dejaba arrancar en cada entrevista un trocito de su intimidad, reaccionó destempladamente cuando una de sus mujeres, Françoise Gilot publicó el libro de recuerdos en que unos años picassianos eran narrados con toda suerte de pormenores. Pormenores en ningún modo ofensivos para Pablo y mucho menos lesivos para su condición de creador. Y, en realidad, tan necesarios para el buen conocimiento de Picasso como tantos otros libros de memorias de quienes lo han rodeado, los de Fernande, Sabartés, Gertrude Stein, Brassat. En puridad, todos estos volúmenes -y puede ser que otros se añadan ahora al repertorio- son imprescindibles para establecer la perfecta silueta de Pablo. Por lo menos, resultan más apetecibles que las docenas de monografías que están obligadas a proporcionar siempre los mismos datos con el adrezo de unas cuantas ideas -a menudo, nada sagaces- acerca del artista sobre el que se han dicho tantas cosas. Sobre el que se continuarán diciendo muchas

más, porque el motivo es demasiado tentador para abandonarlo. En otros casos, la muerte es un prólogo al silencio, pero en éste, con entera seguridad, no ha de ser sino señal de lanzamiento de no sabemos cuantas voces, cuantos recuerdos inéditos, cuantos detalles vitales no sabidos.

En todo caso, la prodigiosa criatura llamada Pablo Ruiz Picasso pasará a la historia como un misterio -con razón tituló Clouzot su excelente película "El misterio Picasso"- de inmensa complejidad en todos sus contrapuestos matices. Difícil es trazar su evolución ateniéndonos tan sólo a su obra; pero mayormente turbadora es la idea de intentar una biografía sin recurrir al apoyo de muchos perfiles humanos, tantos de los cuales quedarán ya fuera de toda constancia. Muy bien pudiera ocurrir que Picasso, sobre quien se ha escrito tanto y con tales superfluidad e incontinencia haya abandonado esta vida sin proporcionarnos, no ya claves capitales de su obra, acerca de las que acaso no hubiera podido aleccionarnos gran cosa, sino confesiones directas en torno a su vida, la narrable por él y no por los demás.

En pocas ocasiones cual en ésta era más deseable una autobiografía. Sin ella, todo lo que afirmemos de Picasso no serán sino aproximaciones bien intencionadas.